

**ATRAVESANDO**

**VIDAS**



**ATRAVESANDO  
VIDAS**

*Octavio L. Quevedo Ley*

Autor: Octavio L. Quevedo Ley  
Diseño de cubierta e ilustraciones: Octavio L. Quevedo Ley  
Todos los derechos reservados  
ISBN: 9789403741949  
Copyright © 2023 Octavio L. Quevedo Ley

*Dedicado a la memoria de mi padre, Pedro,  
quién seguramente debe estar atravesando vidas.*



## CONTENIDO

Capitulo 1: ¿Sueño o realidad? .....	3
Capitulo 2: Buscando respuestas .....	27
Capitulo 3: Encuentro revelador .....	45
Capitulo 4: Principios y finales .....	73
Capitulo 5: El dilema de Rafael.....	109
Capitulo 6: Guerra y desconcierto .....	141
Capitulo 7: Beatriz enfrenta un nuevo reto .....	185
Capitulo 8: Una sesión reveladora .....	225
Capitulo 9: Una noticia desgarradora .....	247
Capitulo 10: La última exposición.....	265



## **AGRADECIMIENTOS**

*A mis dos hijos, Octavio y Esperanza. Por haberme ayudado en la elaboración de las ilustraciones y la maquetación de este libro, sin su asistencia, no habría logrado llegar a buen fin.*



# Capitulo 1:

## ¿Sueño o realidad?

### ***Madrid, octubre de 1985***

Las luces del techo corrían sobre mi cabeza, las ruedas de la camilla chirriaban por aquel interminable pasillo, mientras yo sentía un agudo dolor en el pecho, como si me hubieran atravesado con un puñal. Voces apresuradas se mezclaban con los sonidos metálicos de los utensilios médicos y los pitidos de las máquinas que me conectaban. Cerré los ojos para no ver las caras de preocupación de los sanitarios, que giraban en torno a mí, como un enjambre de abejas. Se hizo el silencio. Vi el cuerpo de una mujer mayor desde lo alto, alrededor corrían los mismos sanitarios que me estaban atendiendo a mí. Debía estar soñando, porque lo que veía no tenía sentido, la cara de la mujer me resultaba muy familiar. Entonces, me di cuenta de que era yo misma quien estaba tumbada en la camilla. ¿Qué clase de sueño macabro era aquel? Los sanitarios se dictaban números, ¡carga a doscientos! ¡carga a trescientos! al tiempo que la mujer era sacudida sobre la camilla. Yo flotaba por encima de la escena sintiendo una gran paz.

—¡Déjenla tranquila! —les gritaba, pero nadie me hacía caso. De repente, todo ennegreció, y no vi, ni sentí nada más.

A la derecha de la cama, estaba mi marido, sentado en una silla

de respaldo alto, en la habitación 406 de la clínica Nuestra Señora de la Concepción. Leía un libro. Era una novela de ciencia ficción. A él le encanta este tipo de lectura, algo que yo nunca he llegado a comprender. Siempre ha sido un hombre muy particular, de gustos sencillos, como su forma de ser. Toda su vida era sencilla hasta que me conoció a mí. Desde pequeña, mi padre decía que yo era un torbellino de arena, que todo lo que tocaba sufría su desgaste. Tenía razón, mi especialidad era la de alterar todas las vidas de las personas que se cruzaban en mi camino. Claro, con mi marido no iba a ser diferente. Recuerdo el día, en el que el pobre hombre sufrió en su propia carne la conmoción de mi colisión contra su plácida existencia. El hombre paseaba por el parque tranquilamente, mientras leía la prensa, cuando de repente, sintió un fuerte golpe que lo desplazó contra una de las farolas del paseo. Paró el golpe con una mano, pero la inercia del movimiento le hizo chocar con una señora que casi cae de bruces. Después de agarrar a la señora por un brazo, y disculparse con ella, se giró para ver quién era la persona que le había golpeado con aquella violencia. Al mirar, se cruzó con mis carcajadas desde el suelo, y unas largas piernas que calzaban unos patines de botas blancas. Se acercó a mí algo desconcertado. Tendiéndome una mano, me preguntó si me había hecho daño. Sin poder parar de reír, acepté su mano y me incorporé sobre mis patines dándole las gracias y disculpándome, porque me había distraído mirando a un perro que pasaba por mi lado, y me había recordado a mi amigo de la infancia, Trufita. Cuando pasó la risa, me percaté de que me dolía un tobillo y no iba a poder seguir patinando. Se dio cuenta de mi gesto de dolor y se ofreció, amablemente, a acompañarme al médico para que me vieran el pie. Llegamos a base de brincos a una consulta médica cercana, donde me pusieron una escayola hasta la rodilla, en la pierna derecha. De nuevo, amablemente, este hombre sereno y generoso, se ofreció a llevarme hasta mi casa. Llegamos al umbral de la casa de mis padres, y allí, antes de despedirnos, le invité a que pasara a tomar el té algún día.

Algunos meses después, entré en una librería buscando la última novela de una escritora, a la que seguía sus publicaciones fervientemente. Pregunté al dependiente y me indicó el pasillo en el que buscar la novela. La encontré después de buscar un poco, y me dispuse a leer la descripción de la portada caminando por el pasillo. De pronto, un cuerpo se interpuso en mi camino y al tropezar con él, escuché un ay, que salió de su boca al recibir un golpe en su vientre.

—¡No lo puedo creer, otra vez usted! —dijo con su voz grave y frotándose la nariz de forma compulsiva.

No pude reprimir una carcajada que se escuchó en toda la librería, y entonces, él soltó otra, mirándome fijamente a los ojos y atravesando mi corazón con su dulzura.

## ***Madrid, 25 de agosto de 1950***

—¡Hija! —gritó mi padre desde el vestíbulo.

—¡Vamos a llegar tarde a la iglesia!

Ese era el privilegio de la novia, llegar tarde; y no iba a ser yo quien defraudara a todo un género, en una tradición tan arraigada entre las novias. Así que llegué media hora tarde. Crucé el pasillo engalanado de rosas, tulipanes, y azucenas, al son de la marcha nupcial, agarrada del brazo de mi padre. En el altar, ya estaba esperándome el novio, alto, moreno, y elegante, vestido con un esmoquin hecho a medida, por la sastrería que había vestido a su familia desde hacía más de treinta años. Yo vestía un traje de seda salvaje, adornado con perlas, con velo de tul, una larga cola, y un escote de barco que fue motivo de discusión y reproche de mi padre. Pero era mi boda, y al final, mi padre tuvo que ceder, como siempre, a mi capricho. Y ahí estaba yo, la alocada Beatriz, sentando la cabeza. La celebración, después de la ceremonia eclesiástica, transcurrió como todas, llena de alegría, buena comida, tarta, tintineo de copas, y bailes hasta bien entrada la noche.

Llegamos al paraíso de nuestra luna de miel, mi recién adquirido marido Rafael y yo. El hotel era de lujo. Mi padre quiso derrochar el dinero en su única y la más pequeña de sus hijas, para que yo pudiera disfrutar de unos lujos a los que probablemente nunca volvería a tener acceso. Los recuerdos de aquellos días quedaron grabados en nuestros corazones por el resto de nuestras vidas. Fuimos a todas las excursiones, cenas, y fiestas que daban en el hotel y por los alrededores. Ya nos conocían como los de las risas escandalosas, porque ésta es una de mis señas de identidad. Rafael es un hombre más serio, en su porte y en su comportamiento, aunque con un gran sentido del humor escondido tras su fachada. Ya de regreso a la ciudad y a los días de trabajo, comenzó nuestra verdadera vida matrimonial. Nuestra rutina laboral se dividía entre

## ATRAVESANDO VIDAS

el despacho de Rafael, recibiendo pacientes y acudiendo a congresos de sesudos psiquiatras, mientras yo me dedicaba a presentar mis colecciones de arte en las galerías de la ciudad, a escribir relatos y novelas, además de acudir a clases de teatro y canto, varios días a la semana. Pasamos los años inmersos en nuestras vidas y nunca nos planteamos tener hijos, así que no los tuvimos. Éramos una pareja ecléctica en una relación muy compenetrada.



*Boda de Beatriz y Rafael - 1955*

## ***Madrid, enero de 1986***

Rafael estaba en la sala de espera de la clínica de la Concepción, aguardando la llamada de la doctora Castellano, jefa del departamento de cardiología. No habían pasado cinco minutos, cuando la enfermera se acercó a Rafael.

—Doctor Wood, puede pasar al despacho de la doctora Castellano. Sígame.

—Gracias, conozco el camino.

La doctora Castellano era una vieja amiga de Rafael, se habían conocido en sus años de facultad.

—Hola, Rafael, pasa y toma asiento. ¿Qué tal estás?

—Hola, Alicia, estoy bien dentro de lo que cabe. ¿Alguna novedad?

—No, realmente, parece que el cuerpo de Beatriz ha decidido quedarse en estado de coma. Son tres meses ya, y no hay progreso. Creo que aún es pronto para tomar decisiones, no obstante, sería conveniente que empezaras a plantearte cómo quieres que sea tu futuro y el de Beatriz.

—¿Te refieres a desconectarla?

—No quiero parecer fría, Rafael, no te ofendas, pero los dos somos médicos y sabemos las consecuencias de un coma en estadio III.

—Lo sé, disculpa, pero es muy duro pensar en... —Rafael contuvo la emoción.— De acuerdo, Alicia, lo tomaré en consideración.

—Tómate el tiempo que necesites. Estoy aquí para lo que haga falta.

—Gracias. Nos vemos pronto.

Rafael salió del despacho y se sentó de nuevo en la sala de

espera, negando con la cabeza, con la mirada perdida y pensativo. «No puedo imaginar mi vida sin Bea.» Así era como me llamaba él.

—Hola. ¿Estás triste?

Rafael alzó la mirada y se encontró con los ojos azules de una niña rubia de unos ocho años.

—Hola, no, solo estoy pensando.

—Ah, vale.

La niña salió de la sala de espera dando saltitos. Él se levantó sacudiendo la cabeza y se dirigió a la habitación 406. Entró despacio y se sentó al lado de la cama. Tomó un libro de la mesita de noche y antes de comenzar a leer, se quedó mirándome fijamente a la cara. De pronto, observó un movimiento ocular bajo mis párpados y se quedó inmóvil durante unos minutos, casi sin respirar. «Han debido ser imaginaciones mías», pensó. Si hubiese movimientos oculares erráticos, significaría que yo habría mejorado y por tanto podría pasar a un estadio II. Pero Rafael sabía que esto ocurría en un porcentaje mínimo de casos de coma. De nuevo sacudió la cabeza intentando disipar sus pensamientos y se dispuso a leer durante un par de horas.

—Doctor Wood, siento molestarle, son las ocho, debo ocuparme del baño y de la cena.

— Sí, gracias, deme solo un minuto.

Dejó el libro en la mesilla, tomó la mano de Beatriz y, dándole un beso en la mejilla, se despidió de ella hasta el día siguiente.

Después del baño y de la cena, que era un puré que me introducían por una cánula en la nariz, la habitación se quedaba a oscuras y las enfermeras me vigilaban durante la noche a través de un monitor. Alrededor de la media noche, sentí que me desplazaba como dentro de un túnel. Aquel túnel era largo y oscuro, pero yo

no sentía miedo, al contrario, sentía una gran paz. Al final del túnel se apreciaba una pequeña y tenue luz blanca. A medida que iba avanzando, como flotando por el túnel, la luz era cada vez más intensa. La luz se hizo tan potente, que quedé ciega por unos instantes en el momento en que penetré en ella. Ante mis ojos, apareció un caleidoscopio de hermosos colores que giraba en todas las direcciones. Entonces, empecé a escuchar una voz que me guiaba a través de todos los acontecimientos de mi vida. La analizamos sin juzgar. Comencé a sentir que todo se volvía oscuro de nuevo y comencé a caer como al vacío. Sentí un golpe brusco al entrar en el cuerpo. Abrí los ojos.

Tengo diecinueve años, soy un chico moreno y delgado, vestido como con harapos, estoy sucio y huelo mal. «¿Qué está pasando?, ¿estoy soñando?, ¡todo es muy real!». Se me fue aclarando la vista y pude ver que estaba cerca de unos establos, donde había caballos, yo soy el mozo que se ocupa de los establos. Miré a mi alrededor y pude ver a la derecha, como a unos cien metros, una mansión de estilo colonial. Cerca de la casa, a la izquierda, hay otra edificación de madera, es como un barracón o un granero. Me van llegando recuerdos borrosos que también se van aclarando. Algo me dice que estamos en 1852. Detrás del barracón, que es una cochera y también almacén, hay algunas casas de madera muy sencillas. Yo vivo en una de estas casas con mi madre, ella es la cocinera de la mansión.

Mi madre tiene treinta y nueve años, pero aparenta mucho más. Ha tenido una vida muy dura, ha trabajado desde los nueve años. Primero, ayudando a mi padre en la labranza, y ahora, lleva ya quince años de cocinera al servicio de la señora Madeleine Law, viuda y heredera del señor don Louis Law, comerciante de origen inglés, que logró hacer fortuna en el sector textil en el estado de Pensilvania. Mi madre es una gran cocinera, tiene a su cargo a dos doncellas ayudantes de cocina. Doña Madeleine es una mujer joven, elegante y muy hermosa. Tiene una educación muy inglesa

y de una gran finura. El día de las exequias de su difunto marido, ya tenía pretendientes adinerados haciendo cola para cortejarla. Hace ya tres años del fallecimiento de su marido y aún no se le ha visto en compañía de ningún hombre.

Vuelvo a ver borroso y me siento flotar otra vez, estoy avanzando en el tiempo. Abro los ojos de nuevo.

## ***Pensilvania, año 1855***

Estoy bien vestido y huelo bien, a jabón inglés. Es curioso cómo van apareciendo los recuerdos. Estoy saliendo de la cocina, la señora Law me requiere para que la lleve a la ciudad. Soy el cochero de la casa. Cuando cumplí los veintiún años, mi madre habló con la señora para que me dieran el puesto. Ahora tengo veintidós años y la señora está muy satisfecha con mi trabajo. Me ocupo del mantenimiento de los diferentes carruajes, de los utensilios de tiro y de que los caballos estén bien herrados y limpios. Me acerco a los establos y busco a John, el chico que me sustituye como mozo de cuadras.

—¡Johnny!

—Dígame, Paul. —A pesar de mi juventud, mi puesto de cochero exige el tratamiento de usted por parte de los trabajadores de la casa.

—Prepara dos caballos que estén limpios para llevar a la señora en el coche.

—Enseguida los saco.

Sentado a los mandos de las riendas de los caballos, me siento todo un señor. Yo estoy al mando y los caballos obedecen. Cabeza alta y porte elegante, me decía los primeros días de trabajo doña Madeleine, enorgullécete de la casa a la que representas. Así aprendí a ser un hombre educado y elegante con mi uniforme. Al salir la señora de la casa, bajé de un salto del coche para abrirla la puerta.

—Buenos días, señora, permítame. ¿A dónde la llevo?

—Gracias, Paul, vamos a la ciudad, a la calle principal que tengo que hacer varias compras.

—Como usted desee, señora.

La ciudad estaba a pocas millas de distancia de la casa. Así que no tardamos mucho en llegar a la calle principal. Ayudé a la señora a bajar del coche, y ella se dirigió a hacer las compras, mientras yo me quedaba esperando en el coche al cuidado de los caballos, sacándole brillo al carruaje. Cada cierto tiempo, me entretenía charlando con algún conocido que pasaba por la calle. En esta ocasión, fue el herrero, que se ocupaba de los caballos, o de sustituir alguna pieza estropeada del coche, quien se paró a mi lado.

—Buenos días, Paul. ¿Cómo va todo?

—Buenos días, George. El último herraje quedó perfecto, el caballo isabelo trota sin ninguna cojera, gracias.

—Siempre es un placer trabajar para ti. Por cierto, Paul, hace unos días llegó una prima mía a la ciudad y está buscando trabajo de doncella. ¿Sabes si por casualidad en la casa de la señora Law necesitan a alguien?

—La verdad es que no lo sé, pero puedo preguntarle al ama de llaves y mañana temprano cuando venga a por los pedidos de la cocina, puedo pasar por la herrería con la respuesta.

—Magnífico. Carol, mi prima, tiene muy buenas referencias. Muchas gracias, Paul, hasta mañana.

—Hasta mañana, George.

Al regresar a la casa, me ocupé de hacer mis tareas ordinarias y a la hora del almuerzo, pude preguntarle a la señora Williams, el ama de llaves. Es una mujer de mediana edad muy agradable al trato, pero firme y eficaz en su cometido.

—Buenas tardes, señora Williams. ¿Tiene un momento para atenderme?

—Buenas tardes, Paul, dime ¿qué necesitas?

—Realmente, no es para mí. Esta mañana, George el herrero, me preguntó si habría algún puesto de doncella en la casa. Al parecer, una prima suya acaba de llegar a la ciudad y busca trabajo. Tiene muy buenas referencias, según me dijo.

—Dile a George que su prima se presente aquí mañana por la tarde a las cuatro, para hacerle una entrevista. Desgraciadamente, tenemos que ir pensando en sustituir a la pobre señora Johnson, que ya está muy mayor y cada vez le cuesta más atender a la señora Law.

—Gracias, señora Williams, se lo diré así a George.

Al día siguiente, estaba yo ordenando unas tareas al mozo de cuadras, cuando vi aparecer la silueta de una mujer esbelta y de porte fino, que se acercaba a la entrada de la finca. Me arreglé el pelo, me puse la chaquetilla y me acerqué a ella. Ya de cerca, pude observar que se trataba de una mujer joven, de unos veinte años, rubia de ojos azules profundos y muy guapa.

—Buenas tardes, señorita, ¿buscaba a alguien?

—Buenas tardes. —me respondió con una sonrisa muy hermosa—. Busco a la señora Williams, el ama de llaves.

—Usted debe ser la prima de George, el herrero. —le dije un tanto deslumbrado por su belleza.

—Sí, efectivamente, soy yo. Mi nombre es Carol Jones, ¿y usted?

—Disculpe mis modales, soy Paul Davis. Permítame acompañarle a la casa.

—Gracias, muy amable.

Entramos en la casa por la puerta de servicio. La invité a sentarse en un pequeño recibidor a la entrada de la cocina.

—Voy a buscar a la señora Williams.

—Gracias.

—Señora Williams, ya está aquí la señorita Jones, la prima del herrero.

—Dile que enseguida bajo.

La señora Williams me trataba de tú, porque me había visto crecer en esta casa, desde que yo era un mocoso de siete años. Mientras bajaba las escaleras, no dejaba de pensar en que la entrevista fuera de maravilla, para que Carol se pudiera quedar a trabajar con nosotros. Realmente, me gustaba mucho aquella chica.

Todo lo que estaba pasando era muy extraño, pero a la vez, lo sentía muy normal. «Yo soy Beatriz, una mujer española de Madrid, que estoy viviendo la vida de un joven cochero americano de Filadelfia. ¿Cuál es la realidad de mi vida?»

ATRAVESANDO VIDAS



*Paul Davis - 1855*

## ***Madrid, enero de 1986***

Rafael salió de casa muy temprano, como siempre. Las luces de la ciudad comenzaban a mezclarse con la luz del amanecer, y ya bullía el ajetreo de las mañanas madrileñas. Se dirigió a tomar su chocolate con churros en la tradicional chocolatería San Ginés, en la Plaza Mayor. Allí, éramos clientes habituales en las mañanas frías de otoño e invierno, que es cuando mejor sienta ese chocolate caliente que atempera nuestro cuerpo. Antes, había pasado por el quiosco de prensa de la plaza para poder leer las noticias durante el desayuno. Después, le gustaba dar una vuelta por los alrededores para activarse, y luego, se dirigía andando hasta la Puerta del Sol para tomar el metro, que le llevaría directamente a la estación de Ventas. El despacho estaba muy cerca de la boca de metro, en un primer piso del número cinco de la calle de Alejandro González. Le gustaba llegar siempre media hora antes al despacho para preparar las visitas del día.

—Buenos días, Clara.

—Buenos días, doctor Wood, enseguida le llevo el listado de la mañana.

—Gracias, Clara.

Clara era una secretaria muy eficaz, aunque solo llevaba dos años trabajando para Rafael, se manejaba de forma excelente con los pacientes y la agenda. Era la sobrina de un íntimo amigo de Rafael. Al principio, Rafael se vio en un compromiso, cuando su amigo Juan Antonio le pidió el favor de entrevistar a su sobrina. En cambio, ahora, el trabajo que ella realiza es admirado por Rafael, que siempre ha sido bastante desastroso con su agenda.

—Clara, ¿puedes venir un segundo?

—Dígame, doctor.

—¿Qué sabemos de la primera visita de las nueve, Cristina Lozano?

—Al parecer se trata de una señora con ciertos problemas complicados, porque según me contó por teléfono mientras concertaba la cita, le habían referido a usted, después de haber visitado a cuatro psiquiatras y psicólogos anteriormente, sin haber obtenido buenos resultados.

—¿Sabemos quién la refirió?

—No lo dijo.

—Bueno, ya le preguntaré yo. Hazla esperar los cinco minutos de rigor y luego la pasas al despacho. Eso es todo por ahora, gracias.

—De acuerdo, doctor. Le aviso, como siempre.

A Rafael le gustaba hacer esperar a sus pacientes, durante al menos cinco minutos, cuando era la primera vez que tenían cita, para observar su reacción. Por supuesto, tenía perfectamente aleccionada a Clara para que le indicase cómo había sido el comportamiento de la persona.

Esa mañana, la primera paciente, Cristina Lozano, llegó quince minutos antes de su cita. Clara la recibió amablemente y le indicó que pasara a la sala de espera.

—Doctor, la paciente ya llegó. ¿Quiere que la haga pasar a la hora en punto o la hago esperar hasta las nueve y cinco?

—Pues, si llegó ya, obsérvala desde ahora y la haces pasar a su hora.

—De acuerdo, doctor.

Clara, desde su mesa, podía observar a los pacientes de la sala de espera, desde una cámara que se conectaba con su ordenador, y también con el ordenador del despacho de Rafael. A las nueve en punto, avisó a Rafael e hizo pasar a la paciente a su despacho.

—Doctor, ¿se puede?

—Adelante.

—Pase, Cristina, le presento al doctor Wood.

—Buenos días, Cristina, encantado de conocerla.

—Buenos días, doctor, igualmente.

—Tome asiento, por favor.

Clara salió del despacho y cerró la puerta. Se fue directamente a su mesa a redactar las observaciones que había hecho sobre la paciente.

—Antes de empezar la sesión, Cristina, quería preguntarle quién le había referido a este despacho.

—Ah, pues fue a través de una paciente suya, conocida de una amiga mía, quién le recomendó como psiquiatra. Al parecer, lleva tiempo siendo paciente suya.

—¿Sabe cómo se llama esta paciente?

—Realmente no, mi amiga sólo me dio los datos de su despacho, pero nada más.

—Muy bien, no tiene mayor importancia. Ahora empecemos con la consulta. Cuénteme qué le pasa.

—Pues verá, doctor, hace años que padezco fobias, ansiedad, miedo a la muerte, duermo muy poco, y muy mal...

—Perdone que la interrumpa, Cristina, vamos por partes. ¿Qué fue lo que empezó primero?

Cristina comenzó a relatarle por orden cronológico toda la cadena de problemas que venía arrastrando desde muy niña. En la actualidad, era una mujer de cuarenta y cinco años, elegante, bien

vestida, y peinada de peluquería. Provenía de una familia adinerada y se dedicaba a administrar los bienes raíces heredados de su madre. Había quedado viuda dos años antes, y desde entonces, sus problemas psíquicos habían empeorado notablemente.

En la primera sesión de todos los pacientes, a Rafael le gustaba tener un abanico amplio de la situación de cada persona, pero sin entrar en muchos detalles. De esta forma, podía valorar el cuadro en todo su espectro. Después de haber escuchado el relato de Cristina, se dio cuenta de la envergadura de su situación.

—Muy bien, Cristina, tenemos mucho trabajo por delante, no obstante, en principio, voy a recetarte un medicamento para afrontar los ataques de ansiedad.

—Doctor, ya tengo un medicamento para eso.

—Sí, lo he visto en su ficha, pero lo vamos a cambiar por uno más efectivo y menos agresivo. Ya en la próxima sesión, valoraremos cómo le ha ido y comenzaremos a tratar otro problema. Quiero poner en su conocimiento que vamos a tener que vernos durante un periodo amplio de tiempo.

—¿Cuánto tiempo, doctor?

—No puedo ser exacto en esta afirmación, pero no menos de seis meses, siempre y cuando no haya una mejora importante que acorte este tiempo. Deberíamos tener una cita semanal durante los dos primeros meses y luego sopesaremos la situación. Por lo tanto, tómese unos días para valorar lo que le he dicho, así como al psiquiatra, y el trato recibido. Y si está conforme, llame a Clara para una nueva cita la próxima semana.

En ese momento, entró Clara en el despacho para acompañar a Cristina hasta la puerta.

—Muchas gracias, doctor, ha sido usted muy amable. Hasta pronto.

—Adiós, Cristina.

Clara entró de nuevo al despacho de Rafael, para darle el informe de sus observaciones acerca de Cristina en la sala de espera. Rafael lo estudió con detenimiento y confirmó, en concreto, un tic que usaba Cristina en situaciones incómodas. Ella se frotaba la nariz con el dedo índice de la mano derecha y luego se tocaba la oreja del mismo lado.

—Clara, cuando llames Cristina para pedir una nueva cita, resérvale una hora semanal, hasta nuevo aviso.

—Veo que usted lo tiene más claro que ella doctor. Nunca deja de sorprenderme su perspicacia.

Rafael tenía un don innato para captar la personalidad de las personas, y con su experiencia en la profesión, era capaz de saber si un paciente iba a volver, o no, a la consulta.

Ese mismo día, Rafael terminó las visitas antes de lo previsto porque faltó uno de sus pacientes en el último momento. Así que le dijo a Clara que se marchara antes. Como iba con tiempo antes de pasar por el hospital, decidió ir a la galería de arte en la que todavía continuaban expuestas mis obras.

Al entrar en la galería, podía observarse un amplio salón de color blanco del que destacaban mis coloridas obras. Rafael fue observando cada detalle de cada cuadro. Al llegar a uno de los cuadros, siempre se quedaba un rato abstraído observándolo. Era de una niña de ojos azules y mirada penetrante, rubia, de unos ocho años de edad. Desprendía un magnetismo que le hacía sentir estar mirando a un familiar. Salió de la galería cabizbajo y pensativo, no podía soportar la idea de perderme, sin siquiera haberse podido despedir de mí. A pesar de saber que visitar la galería no le hacía ningún bien emocional, porque le hacía recordar cuando estábamos juntos, observar aquel cuadro le hacía sentir